

La fotografía colectiva como tema de investigación: aspectos políticos y metodológicos desde una epistemología igualitaria

Ana Contursi

CIEFI-IdIHCS-FaHCE

LabIAL-IPEAL-FBA - UNLP

ana_contursi@yahoo.com.ar

Aportes anti-jerárquicos de la epistemología argentina desde el legado pragmatista de Charles Sanders Peirce

Afortunadamente, en la tarea de pensar en ciertas, y muchas veces ocultas y negadas, relaciones íntimas entre los estratos políticos e ideológicos de las actividades humanas y la conformación del conocimiento científico, parto de un encuentro al menos tranquilizador con el epistemólogo catamarqueño Juan Samaja, en su brillante texto “Los caminos del conocimiento” (2003). Teniendo en cuenta la caracterización clásica de la ciencia que Samaja pone en cuestión allí, discutiendo con Mario Bunge, y la caracterización que me interesa sostener de lo político en tanto antagonismo, disenso y desacuerdo (Laclau y Mouffe, 2014; Ranciére, 2000), puede entenderse cómo se ha concebido históricamente que lo científico y lo político no solo no se tocan, sino que se oponen: la ciencia se caracterizaría por el consenso, el acuerdo, la determinación, la solidez y la estabilidad (Samaja, 2003, p. 2); mientras que lo político se desplegaría en un terreno de indeterminación, inestabilidad, disenso, desacuerdo y fragilidad. Samaja echa por tierra esta inexacta oposición acudiendo a Charles Sanders Peirce y su escrito de 1877, *La fijación de las creencias*. Según el epistemólogo argentino, los planteos que allí hace el filósofo pragmatista no solo desarman la oposición ciencia/política, sino que permiten comprender, además, las relaciones entre la ciencia y todas las formas humanas de acción y pensamiento, así como valorarlas desde una perspectiva no jerárquica, promoviendo cierta igualdad ontológica (Samaja, 2003, pp. 7 y 8). Podríamos ponderar este planteo en el sentido que le da a la “diversidad epistemológica” De Sousa Santos, y pensarla como un paso realmente necesario para la

profundización de la democracia (De Sousa Santos, 2010, pp. 47, 51 y 53). Samaja retoma de Peirce y su filiación con Hegel las ideas de “función” y “eficacia” para pensar en los diversos métodos cognitivos que sirven en cada contexto particular, y según unos objetivos particulares siempre vitales, para el desarrollo de las actividades humanas (Samaja, 2003, p. 9). Sin entrar en caracterizaciones pormenorizadas, bastará en esta introducción exponer el carácter relacional e indisociable de cada uno de esos métodos descritos por Peirce: el individual, afectivo y corporo-perceptivo de la *tenacidad*; el colectivo, comunitario e inapelable de la autoridad y la *tradición*; el social, estatal, filosófico y político de la *reflexión metafísica*; y el *científico*, eficaz, empírico, de las universalizaciones y las proposiciones contrastables. Es interesante observar que, si bien pueden aceptarse en un nivel muy general, operativo y abstracto las distinciones entre los métodos, se trata de una clasificación por demás relativa; por ejemplo, ni lo comunal o tradicional es indiscutible e inmodificable siempre (una de las características atribuidas a este método), piénsese en las revoluciones sociales; ni lo estatal es la esfera restrictiva de lo político y el debate público, como así ya lo discuten formas contemporáneas de participación política no representativa; ni la tenacidad es exclusiva de los sujetos individuales, ya que pueden identificarse, al menos hoy, movimientos afectivos de corte colectivo; ni la ciencia es garantía de certeza, verdad o universalidad de suyo, lo sabemos al menos desde los descubrimientos de la física cuántica. Es así que cobra sentido la siguiente proposición de Peirce que nos ayuda, además, a inteligir la preponderancia que el método de la reflexión, es decir, lo político y la filosofía, tiene en todas la conformaciones sociales:

Tiene, por consiguiente que abandonarse la adhesión entusiasmada a una creencia (tenacidad) y su imposición arbitraria a otros (autoridad). Hay que adoptar un método nuevo y diferente de establecer opiniones, que no solo produzca un impulso a creer, sino que decida también cuál es la proposición a creer. Liberemos pues de impedimentos la acción de las preferencias naturales, y que los hombres, bajo la influencia de estas, conversando unos con otros, y considerando las cuestiones bajo perspectivas diferentes, desarrollen gradualmente creencias en armonía con las causas naturales. Este método se parece a aquel mediante el cual han madurado las concepciones artísticas. (...)

Básicamente, se han adoptado porque sus proposiciones fundamentales parecían agradables a la razón. (citado en Samaja, 2003, pp. 16 y 17)

La representación de lo político, y aun de la ciencia (nótese que no se puede saber con exactitud si en la cita se habla de la reflexión o de la ciencia, vaguedad por demás significativa), como búsqueda de belleza y bondad permite claramente desandar el esquematismo, y la posible y peligrosa jerarquización, de la división de los métodos. Más aún si se considera especialmente la investigación de tipo cualitativo, propia de las humanidades y las ciencias sociales, donde corresponde ya asumir una vinculación realmente indisociable entre aspectos epistemológicos, éticos y estéticos, cuando los criterios de evaluación son de carácter moral y la determinación de lo válido y lo bello responden a factores que trascienden por mucho las objetividades pretendidas por la epistemología y la ciencia clásicas, o cuantitativas (Vasilachis de Gialdino, 2006, p. 38).

A este respecto, será necesario discutir un poco con Samaja cuando dice:

El método de la metafísica encuentra su frontera insuperable en el hecho de que sus “catedrales” conceptuales destinadas a albergar a todos los espíritus de buena voluntad, hundan sus cimientos, pese a todo, en fundamentos particulares (los ideales y las ideologías que mueven a las voluntades de sus seguidores). Esto torna al método de la metafísica en un método impotente para alcanzar acuerdos estables y genuinamente universales. (2003, p. 19)

Donde Samaja ve una frontera (en lo que por momentos parece una tarea de enaltecer a la ciencia), puede verse la capacidad humana por antonomasia de deliberar y decidir, no en el marco de opciones estables y contundentes, sino en un escenario social siempre precario, inestable y profuso en antagonismos. La frontera que ve el epistemólogo es, desde un punto de vista político, la libertad humana misma que solo puede desplegarse en la pluralidad y la potencia del cambio (inestabilidad) social cuando al ser humano se le presenta la posibilidad de mirar el mundo desde diversos puntos de vista, saliendo de alguna manera de sí y enfrentándose a la alteridad (Arendt, 2015, p. 196). La subjetividad (individual o colectiva), tan presente en los tres primeros métodos y vista como una debilidad desde la ciencia, puede ser considerada, y de hecho lo es, como un gran valor desde la teoría política contemporánea. Esta relatividad deja en evidencia la

relación íntima entre posición (teoría, paradigma, modelo, etc.) y el sentido que puede atribuírsele a los datos de la realidad. Según Samaja, la subjetividad propia de los tres primeros métodos hace que “tarde o temprano, la duda anime su incertidumbre al encontrarse con el disenso del otro: respectivamente, de otro individuo (en la tenacidad); de la otra comunidad (en la tradición); de otro fundamento o estado (en la metafísica).” (Samaja, 2003, p. 20). Llamativamente, este ahínco por desligar a la ciencia de lo subjetivo (claramente en un olvido deliberado de toda la teoría kuhniana de las revoluciones científicas, donde el disenso es central y se da entre paradigmas), es salvado cuando Samaja introduce la pregunta pertinente: “¿Es posible pasar por encima de esta última frontera, es decir, la de las ideologías? ¿Es posible imaginar una salida de la mente opinante más allá de las fronteras de estos tres grados de sujeto para posar un simple pie desnudo en la Realidad Exterior? (2003, p. 20). Responderemos, con Samaja, que no. Si el método científico solo puede zanjar la cuestión ponderando la “mejor hipótesis”, nos encontramos con que la escala de valor mejor/peor no cae fuera de las consideraciones ideológicas y morales de la tradición o de la reflexión. Las fronteras son por demás difusas e inestables. Ni siquiera considerando a la ciencia como el método cuyo valor está dado por permitir la anticipación de hechos y la apertura de vías para nuevos descubrimientos (2003, p. 23) podemos otorgarle el trono ¿Acaso esa capacidad no está presente, en cierto grado, en la vida cotidiana y en el pensamiento ordinario? Piénsese en la sabiduría de las personas de campo para observar los cielos, o sentir los vientos, y así deducir el clima que se avecina; o en la transmisión de estos saberes entre generaciones habilitando así nuevas formas de las mismas sabidurías ¿La ciencia no será solo, entonces, un campo institucionalizado de prácticas que ha querido históricamente apropiarse de las supuestas capacidades elevadas de lo humano?

La contrastación empírica es la vía común de la construcción cognitiva en todos los órdenes; en cualquier aventura intelectual la experiencia concreta, directa y situada es la vara con la que se miden los saberes, su verdad, importancia y pertinencia e, incluso, la emancipación y autonomía humana ligada a ello (Rancière, 2008, p. 17). Felizmente, Samaja sabe muy bien ir y venir dentro y fuera de los dogmas y por ello es que luego de todo lo dicho trae a colación uno de los descubrimientos más interesantes de la ciencia occidental, esta vez de la mano de la lingüística. Se trata del antisubstancialismo

proporcionado por Saussure cuando descubre el carácter relacional de todo signo: “no hay sustancias, solo hay relaciones e interacciones entre (pseudo) términos relativos. En la realidad no hay autonomías: solo hay mutuas dependencias.” (Samaja, 2003, p. 27) Este esquema sirve para entender lo social, y aún lo físico, ya que permite vislumbrar el real funcionamiento impuro de los métodos cognoscitivos en tanto “estratos ontológicos” (2003, p. 33) de un mismo existir-devenir-estar en el mundo humano. Podemos concluir, con Samaja, en una concepción ampliada de la ciencia y de lo político que se incluyen mutuamente trascendiendo así la mera positividad de los hechos y la mera especulación de los debates metafísicos:

Las opiniones son funciones de autoregulación de la vida de los sujetos. No son “cosas” que los sujetos tienen, sino son los sujetos mismos, en tanto sujetos actuantes o funcionantes. Esto significa, lisa y llanamente, que si no “disponemos” de creencias en cada circunstancia de nuestra existencia no podemos realizar los actos inherentes a la vida autónoma, a saber: tomar decisiones y proceder en consecuencia. (2003, p. 39)

Establecida, entonces, la igualdad ontológica de todas las formas de pensamiento y saber, así como la relación insoslayable entre lo político y lo científico, podemos destacar la importancia de la forma de enunciar los problemas de investigación por la carga de sentidos que portan las categorías y las palabras que se utilizan. Al enunciar los problemas se toman decisiones de enfoque que inscriben la labor en una verdadera “batalla argumental” que es social, histórica e intersubjetiva. En este sentido, sabemos que es común, en la investigación cualitativa sobre todo, una fundamentación inicial en algún tipo de posición filosófica, como así la producción de datos flexibles y sensibles al contexto social en que se producen (Vasilachis de Gialdino, 2006, p. 25). La investigación, considerada como un proceso, constituye un itinerario que parte desde el campo subjetivo y afectivo personal (las motivaciones y fines individuales que engloban “lo deseable” de una investigación particular), donde los problemas son “de hecho”, es decir, situaciones dadas y externas a la labor investigativa y al campo de lo investigable desde un punto de vista científico. Es allí donde aparece la exigencia de fundamentación y evidencias tanto de los hechos como del enfoque que se adopta para abordarlos. Entonces, aquellos problemas “de hecho” se transforman en “de investigación” y

“teóricos”, desplegando así una serie de aportes epistémicos y cognitivos alrededor del tema/problema (Ynoub, sin fecha, pp. 6 y 7). Es importante destacar que también puede haber aportes epistémicos y producción de conocimiento cuando se formulan problemas y respuestas a los mismos por fuera del campo de la ciencia (la Ciencia como campo históricamente constituido); incluso en cualquier campo (trabajo, deporte, arte, turismo, gastronomía, etc.) y en la vida cotidiana misma (la casa, la maternidad, la economía familiar, etc.) vamos relacionándonos dialécticamente con los saberes preexistentes, utilizándolos y transformándolos al combinarlos con nuestras propias experiencias siempre situadas, colectivas, intelectuales y materiales a la vez.

Un esquema básico que hemos visto para entender la complejidad de los procesos de investigación es que, dados ciertos problemas y preguntas, surge la elaboración de hipótesis en diferentes niveles y de diferentes tipos (descriptivas para los estados de cosas, de causación para dar cuenta de los orígenes de ciertos fenómenos, y de interpretación para otorgar sentidos particulares o paradigmáticos a lo que se investiga). Estas deben ser plausibles de formularse en lenguaje observacional para poder ser contrastadas empíricamente. De allí se derivan objetivos (Ynoub, sin fecha, pp. 1, 2, 3 y 4). Nótese que los objetivos, en tanto fines generales vinculados a intereses, están presentes en el origen de toda investigación y se convierten en objetivos concretos a medida que se avanza en la indagación de campo. En el caso de mi propia investigación, por ejemplo, dado el tema “poéticas disensuales en la práctica y producción de los colectivos fotográficos argentinos y contemporáneos”, se deriva el problema/pregunta ¿De qué manera la práctica y producción de los colectivos fotográficos implica la construcción y expresión de nuevas formas de vida colectiva?; y de allí se formula la siguiente hipótesis: “La práctica y producción de los colectivos fotográficos argentinos y contemporáneos abordados en el corpus construido implican y dan lugar al desarrollo de nuevas y alternativas formas de relación intersubjetiva y vida colectiva”. Todo lo cual cobra sentido a la luz del objetivo general de la investigación que plantea: “Analizar la producción colectiva de fotografías en la contemporaneidad, considerada como fenómeno humano, experiencial, cognitivo, estético, artístico y político en tanto intento de construcción y expresión de nuevas formas de vida colectiva”. Me encuentro acá en sorprendente concordancia con lo que Irene Vasilachis de Gialdino propone

como el rasgo actual de la investigación cualitativa, dando importancia a este tipo de estudio por la proliferación contemporánea de los modos de vida, su diversificación y la necesidad de “acceder al conocimiento de las diferencias” (2006, pp. 32 y 34).

Un problema doble: transformación de los regímenes escópicos en la organización de nuevas formas de vida en común y en la circulación de imágenes colectivas

Dicho lo anterior, quisiera reflexionar sobre una dificultad que se me presenta a la hora de abordar el objeto de estudio de mi investigación. La cuestión es que el mismo presenta una doble personalidad no tan evidente y muestra implicancias en dos órdenes de cosas distintos aunque implicados: por un lado, el abordaje de los colectivos fotográficos me lleva al estudio de un modo singular de organización y de producción cultural, expresado en la autogestión independiente, el cooperativismo y cierta “inespecificidad” o “impropiedad” en torno de la pertenencia disciplinar o de campo; por el otro, me enfrenta a un conjunto de obras, de imágenes, de producciones específicas: lo que quisiera llamar “la imagen colectiva”. Para empezar, en el primer orden de cosas veo la *institución*, como diría Castoriadis ([1983] 1993), de nuevas formas de vida en común; en el segundo, advierto la puesta en funciones de todo un desplazamiento en la significatividad de las imágenes en términos de transformación de los regímenes escópicos (Martin Jay, [1993] 2003) de nuestras comunidades¹. A un lado, las dinámicas organizativas de producción, al otro, las producciones y sus formas de circulación y consumo. En ambos niveles de experiencia, los colectivos fotográficos ponen en marcha, salvo alguna que otra excepción, lo que me gustaría denominar

¹ En “Los regímenes escópicos de la modernidad” Jay describe y analiza los regímenes que compiten y conviven en la era moderna hasta llegar a una relación no jerárquica entrado el siglo XX: *el perspectivista*, que muestra hegemonía desde el Renacimiento y hasta el siglo XIX en consonancia con la perspectiva racional cartesiana y la ideología burguesa, asentado en la mirada única, central, monocular y trascendental, vinculada a un sujeto ahistórico, desinteresado y descorporizado, libre de afectos e inmerso en la desconexión entre cosa espectral y espectador/a y abocado a la narración y alegorización del mundo; luego, *el nórdico*, que se presenta como modelo alternativo en la pintura holandesa del siglo XVII, asociado a la impronta empírica y experimental de la ciencia baconiana, concentrado en la observación, la descripción, el fuera de marco y planos visuales cartográficos; y por último, *el barroco*, vinculado a ciertas filosofías descentradas como la de Leibniz, Pascal o la Contrarreforma con su afición por la opacidad, la ilegibilidad, el movimiento, la contradicción entre profundidad y superficie y el predominio de lo múltiple y lo táctil, en un claro retorno de lo corporal y un impulso desatado de un deseo oscurecido. Si bien Jay ofrece una pista de la pertinencia contemporánea del régimen barroco, incluso en el desarrollo de lo fotográfico, quedan por abordar las relaciones entre estos regímenes analizados, la fotografía en general y la imagen colectiva que pretendo estudiar de manera pormenorizada.

hipotéticamente “horizontalidad estética”, proposición que ya tendré la oportunidad de desarrollar.

En cuanto a enfoque, me referiré entonces a una doble línea, por un lado los modos de organización de los colectivos (las clásicas “condiciones de producción”) y, por el otro, la producción, es decir, las fotografías, la “imagen colectiva”. Las relaciones entre estos dos niveles del objeto se presentan ahora como incógnitas a dilucidar, e intuyo y presumo que la categoría de “horizontalidad” me permitirá tender ese puente y vincular el fenómeno en general con implicancias de carácter tanto estético, como histórico y político. Las nociones de disenso, representación/acción, ficción/realidad, política de las imágenes, regímenes escópicos, impropiedad disciplinar, desplazamientos de campo, autonomía, autogestión, foto-activismo, entre otras, serán en este marco los elementos categoriales que, imbuidos de mi (a)propia(da) perspectiva ideológica y ética, me permitirán abordar analítica e interpretativamente la labor de los colectivos y así extraer conclusiones significativas para nuestro panorama contemporáneo, tanto en el campo de lo fotográfico, como de lo estético y lo político-social. Estoy intentando posicionarme desde un enclave interesado por los modos de acción y experiencia estética involucrados en estas prácticas colectivas, y en las implicancias epistémicas, materiales y políticas de las mismas. Quisiera en este sentido, sumar a la importancia de “lo visual” a partir de la modernidad, destacada ya por tantos filósofos e historiadores, desde Rorty a Debord pasando por Foucault y desde Gombrich, Panofsky y Francastel hasta Martin Jay, la relevancia de “lo organizacional”. La búsqueda de autores y líneas de estudio en este sentido se vuelve más ardua, ya que se trata de un ámbito poco explorado, al menos desde la Estética y la Historia del Arte. La teoría política y la epistemología, apuesto a ello, tienen mucho que informarnos a este respecto.

Intento destacar entonces, para cerrar, la importancia social de la producción de fotografía en la actualidad en el marco de su funcionamiento escópico. De forma curiosa, me encuentro con una consideración de Martin Jay que vincula las imágenes con las formas de ver en el seno de un fenómeno amplio (y moderno) de revocación de las jerarquías:

El mejor modo de entender el régimen escópico de la modernidad es concebirlo como un terreno en disputa, antes que como un complejo integrado armoniosamente por teorías y prácticas visuales. De hecho, hasta podría caracterizarse en virtud de una diferenciación de sub culturas visuales, cuya separación nos permitió comprender las múltiples implicaciones de la visión de modos que sólo ahora comenzamos a apreciar. Quiero sugerir que esa nueva comprensión bien puede ser el producto de una revocación radical de las jerarquías de las sub culturas visuales en el régimen escópico moderno. (Jay, 2003, pp. 222 y 223)

Esta mirada propuesta por Jay, se acopla de manera significativa a la epistemología que arriesgué en llamar “igualitaria” en el comienzo y a lo que Rancière advierte como propio de las dinámicas culturales modernas en el marco de lo que denomina “régimen estético del arte”. Se trata de afinar el ojo, valga la metáfora, en torno de un despliegue anti-jerárquico del pensamiento y la acción que revoca las dicotomías y distinciones clásicas que hacen la base de las desigualdades históricas. Esto, tanto en la ciencia, como en la vida cotidiana y el arte, y es entonces confirmada la utilidad que, sospecho, tendrá en esta empresa la noción de *horizontalidad* propuesta al comienzo para dilucidar las implicancias, efectos y consecuencias en varios niveles de las acción y producción de los colectivos fotográficos.

Bibliografía

Arendt, Hannah (2005), *La promesa de la política*, Buenos Aires: Paidós, 2015.

Castoriadis, Cornelius (1983), *La institución imaginaria de la sociedad, Vol. 1, Marxismo y teoría revolucionaria*, Buenos Aires: Tusquets Editores, 2013.

De Sousa Santos, Boaventura (2010), *Descolonizar el saber, reinventar el poder*, Montevideo: Trilce.

Hawking, S. y L Mlodinow (2010), “¿Qué es la realidad?”, en *El gran diseño*, Barcelona: Crítica. Disponible en línea:

<http://www.librosmaravillosos.com/elgrandiseno/pdf/El%20gran%20diseno%20-%20S%20Hawking%20y%20L%20Mlodinow.pdf>

Jacotot, Josef ([1820] 2008), *Lengua materna. Enseñanza universal*, Buenos Aires: Cactus.

Jay, Martin ([1993] 2003), “Los regímenes escópicos en la modernidad”, en *Campos de fuerza. Entre la historia intelectual y la crítica cultural*, Buenos Aires: Paidós.

Krauss, Rosalind (1990), *Lo fotográfico. Por una teoría de los desplazamientos*, Barcelona: Editorial Gustavo Gili.

Laclau, Ernesto y Chantall. Mouffe, (2004) *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Rancière, J. ([1996] 2012), *El desacuerdo. Política y filosofía*, Buenos Aires: Nueva Visión.

----- (2008), “La lengua de la emancipación”, en Jacotot, J. ([1820] 2008) *Lengua materna. Enseñanza universal*, Buenos Aires: Cactus.

Samaja, J. (2003) “Los caminos del conocimiento” en *Semiótica de la Ciencia*. Libro inédito. Capítulo disponible en línea:

http://perio.unlp.edu.ar/seminario/nivel2/nivel3/textos_actualizados_2008/SAMAJA_lo%20caminos%20del%20conocimiento.pdf

Vasilachis de Gialdino, I. (2006) *Estrategias de investigación cualitativa. Sobre el método y la epistemología en las Ciencias Sociales*, Barcelona: Gedisa.

Ynoub, R. (2015) *Cuestión de método. Aportes para una metodología crítica*, Universidad Autónoma de México: Cengage Learning Editores.

----- (sin fecha) “Problematizar el nudo argumental del *proceso de investigación*”, Material de Cátedra, Seminario de Metodología de la Investigación. Facultad de Bellas Artes, Universidad Nacional de La Plata.